La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino á punto :
Falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo,
Y échale la bendicion:
Yo tengo por devocion
De santiguar lo que bebo.
Franco fué, Inés, este toque;
Pero arrójame la bota :
Vale un florin cada gota
De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya... de la del Castillo :
Diez y seis vale el cuartillo;
No tiene vino mas bajo.
Por Nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer :
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
Si es ó no invencion moderna,
Vive Dios que no lo sé;
Pero delicada fué
La invencion de la taberna.
Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo y vóyme contento.
Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo :
Solo una falta le hallo
Que con la prisa se acaba.
La ensalada y salpicon
Hizo fin, ¿qué viene ahora?
La morcilla : gran señora,
Digna de veneracion.
¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué través y enjuudia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
Para que demos en ella.
Pues sús, encójase y entre,
Que es algo estrecho el camino...
No eches agua, Inés, al vino;
No se escandalice el vientre.
Echa de lo tras añejo,
Porque con mas gusto comas :
Dios te guarde, que así tomas,
Como sábia, el buen consejo.
Mas dí : ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos,
Hechas á cebar lechones.

El corazon me revienta
De placer, no sé de tí,
¿Cómo te vá? Yo por mí
Sospecho que estás contenta.
Alegre estoy, vive Dios :
Mas oye un punto sutil;
¿No pusiste allí un candil?
¡Cómo me parecen dos!
Pero son preguntas viles;
Ya sé lo que puede ser,
Con ese negro beber
Se acrecientan los candiles.
Probemos lo del Pichel,
Alto licor celestial :
No es el aloquillo igual,
Ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad! ¡Qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! ¡Qué color!
Todo con tanta fineza.
Mas el queso sale á plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso que es extremo :
El de Pinto no le iguala.
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.
Haz, pues, Inés, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos; hecha es la cena :
Levántense los manteles.
Ya, Inés, que habemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés hermana,
Que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo;
Quédese para mañana.

Para muestra de los escritos serios de Alcázar, pondremos el siguiente soneto, dirigido á *Gutierre de Cetinà*, aunque está muy distante de tener el mérito de las anteriores redondillas.

Si subiera mi pluma tanto el vuelo
Que al deseo igualára que la inclina
Á celebrar, carísimo Cetina,
Cuanto bien sobre vos derrama el cielo,
Viérades en honor del patrio suelo,
La clara fama que la rueda empina
Del gran hijo de Tétis, como indina,
Cubierta á vuestros piés de negro velo.
Mas ya que el hado le negó esta palma
Al tardo ingenio, porque tal supuesto
Pide mas alta y numerosa suma,
Yo os celebro, señor, dentro en mi alma,

Donde os veréis en aquel punto puesto
Do no llegó el ingenio ni la pluma.

Este *Gutierre de Cetina* fué persona muy estimada entre los ingenios sevillanos : nació á principios del siglo XVI, abrazó la carrera de las armas, y se distinguió en las guerras de Italia : estuvo luego en Méjico, y por último volvió á Sevilla, donde murió por los años 1560. Sus obras permanecen aun ineditas con gran sentimiento de los literatos, pues lo poco que de él se conoce brilla por la extremada suavidad y el exquisíto gusto. Júzguese por este madrigal.

Ojos claros, serenos,
Si de dulce mirar sois alabados,
¿Por qué si me mirais, mirais airados?
Si cuanto mas piadosos,
Mas bellos pareceis á quien os mira.
¿Por qué á mí solo me mirais con ira?
Ojos claros serenos,
Ya que así me mireis, miradme al ménos.

De *don Antonio Mira de Mescua*, mas conocido como autor dramátics que como poeta lírico, existe tambien una bellísima cancion alegórica de la cual citaremos solo algunas estrofas.

Ufano, alegre, altivo, enamorado
Rompiendo el aire el pardo gilguerillo,
Se sentó en los pimpollos de una haya,
Y con su pico de marfil nevado,
De su pechuelo blanco y amarillo
La pluma concertó pajiza y baya :
Y celoso se ensaya
Á discantar en alto contrapunto
Sus celos y amor junto,
Y al ramillo y al prado y á las flores,
Libre y ufano cuenta sus amores.
¡Mas ay! que en este estado
El cazador cruel, de astucia armado,
Escondido lo acecha,
Y al tierno corazon aguda flecha
Tira con mano esquiva,
Y envuelto en sangre en tierra lo derrib
¡Ay! vida mal lograda,
Retrato de mi suerte desdichada.
De la custodia del amor materno
El corderillo jugueton se aleja,
Enamorado de la yerba y flores :
Y la libertad del pasto tierno
El cándido licor olvida y deja,
Por quien hizo á su madre mil amores.
Sin conocer temores,
De la florida primavera bella
El verde manto huella
Con retozos y brincos licenciosos,
Y pace tallos tiernos y sabrosos.
¡Mas ay! que en un otero
Dió en la boca de un lobo carnicero,

Que en partes diferentes
Lo dividió con sus voraces dientes,
Y á convertirse vino
En purpúreo el dorado vellocino.
¡Ó inocencia ofendida,
Breve bien, caro pasto, corta vida!
Rica con sus penachos y copetes,
Ufana y loca con ligero vuelo
Se remonta la garza á las estrellas,
Y puliendo sus negros martinetes
Procura ser allá cerca del cielo
La reina sola de las aves bellas :
Y por ser ella de ellas
La que mas altanera se remonta,
Ya se encubre y trasmonta
Á los ojos del lince mas atentos,
Y se contempla reina de los vientos.
¡Mas ay! que en la alta nube
El águila se vió y al cielo sube,
Donde con pico y garra
El pecho candidísimo desgarra
Del bello airon que quiso
Volar tan alto con tan corto aviso.
¡Ay, pájaro altanero
Retrato de mi suerte verdadero!

El *Principe de Esquilache*, natural, segun se cree, de Madrid, en cuya villa múrió el año de 1658, de edad avanzada; habiendo sido virey del Perú. Tiene gracia y facilidad en los romances y letrillas : por ejemplo :

Niñas de mi aldea,
Que vais á la fuente
Por agua las ménos
Las mas porque quieren,
Si el amor os lleva
Y el pesar os vuelve,
Él verdad os dice
Y el amor os miente.
No son buenas prendas
Plumas y papeles,
Para dar el gusto
Quien libre le tiene.
Mirad que en la vida
Son quien mas defiende
De asaltos de amores
Armas de desdenes.
Mirad el peligro,
Porque á las mujeres
Verdad y mentira
Dañan igualmente.
En las qne se engañan
Y en las que se pierden
Mal los pocos años
Aconsejan siempre.
Mirad como el árbol
Cuando está mas verde,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

En abril un cierzo
Le burla y le ofende.
No os engañen, niñas,
Los floridos meses,
Que al paso de mayo
Camina diciembre.
¿No veis que las manos
Del tiempo convierten
Las rubias espigas
En nevadas mieses?
Los alegres años
No espereis que vuelen,
Y los tristes vengan
Que jamás se vuelven.
Pierde, cuando turbio
Con los años crece,
Del amor el rio
El vado y la puente.
¿Visteis las que hollando
Tiempos diferentes,
Causaron envidias?
Ya á lástima mueven.
Oid mis consejos,
Mirad que os advierten,
Pues los años vuelan,
Que el engaño vuelve.

Baltasar Gracian. Este es el autor que llevó mas adelante el delirio de la imitacion de Góngora : tiene mas celebridad por sus escritos en prosa, de que á su tiempo hablaremos; y solo lo citamos aquí para dar la siguiente muestra de su estilo, como ejemplo de lo pervertido que estaba en su época el gusto.

En su poema de las *Selvas del año*, empieza así hablando del estío :

Despues que en celeste anfiteatro
El ginete del dia
Sobre Flegonte toreó valiente
Al luminoso toro,
Vibrando por rejones rayos de oro;
Aplaudiendo sus suertes
El hermoso espectáculo de estrellas,
Turba de damas bellas,
Que á gozar de su talle alegre mora
Encima los balcones de la aurora :
Despues que en singular metamorfosis
Con talones de pluma,
Y con cresta de fuego,
Á la gran multitud de astros lucientes,
Gallinas de los campos celestiales,
Presidió gallo el boquirubio Febo,
Entre los pollos del tindario huevo, etc.

No se puede llevar á mas alto grado la extravagancia y el delirio; y sin embargo esta era la moda, y esto lo que solo se tenia por bueno á fines del siglo XVII. Ejemplo notable que prueba cuánto hay que des-

confiar de esos sistemas literarios, que saliéndose de las sendas que señala el buen gusto, aspiran á dominar el parnaso, y logran un momento de aura popular, con su falso oropel y á merced de formas extravagantes. Introducidos generalmente por hombres de talento, y acompañados siempre de altas pretensiones y no escasa jactancia, corrompen á los ingenios subalternos que no saben sino arrastrarse en pos de otros, y llegan á prevalecer en las épocas de decadencia literaria.

Á los poetas que llevamos citados, y cuyas obras existen impresas, se pueden agregar otros que, inéditos todavía, yacen en el polvo de los archivos y bibliotecas, y no son conocidos, aunque merecerian serlo. En aquel siglo de gloria para nuestra literatura, fueron infinitos los que se dedicaron al cultivo de la poesía; pero lo hacian por pasatiempo, y como para descanso de mas graves ocupaciones. Solo sus amigos y allegados disfrutaban á veces de estos frutos de tan felices ingenios; pero apreciándolos sin duda en poco, nada ansiosos de fama, no cuidaban de publicar sus composiciones, á tal punto que aun las de los príncipes de nuestro parnaso no lo han sido sino mucho despues de su muerte; y sin la feliz solicitud de sus amigos ó herederos que al fin las dieron á luz, aunque no todas, ignoraríamos nombres que tanto honor prestan hoy á la literatura española. Acaso otros muchos, tan esclarecidos como ellos y tan dignos de eterna fama, han perecido para siempre, por la indiferencia de sus dueños y la incuria de los contemporáneos. ¡Cuán diferentes aquellos tiempos de los que hoy alcanzamos en que todo se imprime y se publica al son de cajas y atambores!

Sin embargo, conforme van los amantes de las letras registrando los archivos y bibliotecas, se encuentran algunas de esas obras perdidas, y se restituyen á su merecida fama nombres que jamas habíamos oido. Uno de estos es Pedro de Quirós, que si se ha de juzgar por las cortas muestras que se han publicado de él en la mencionada traduccion de Sismondi, mereceria ser colocado al par de nuestros buenos poetas. Nació este insigne varon á fines del siglo XVI; fué muy aficionado al estudio de los clásicos latinos y principalemente de Horacio. Estudió en Sevilla y entró en la órden ó congregacion de clérigos menores. Pasó parte de sus dias en la villa de Umbrete, donde escribió muchas de sus poesías; y restituido á Sevilla, murió en 1670 de edad muy avanzada. Dió á luz várias obras en prosa, y las poéticas que nos restan de él existen en un códice de la biblioteca colombina en la catedral de Sevilla. Hé aquí un soneto y un madrigal que pueden dar idea de su mérito :

Soneto á Itálica.

Itálica, ¿dó estás?... Tu lozanía
Rendida yace al golpe de los años :
¿Quién á la luz que dan tus desengaños,
En la sombra veloz del tiempo fia?
Cedió tu pompa á la fatal porfía
De tirana ambicion de los extraños :
Mas hízote el ejemplo de tus daños
Libro de sábios, de ignorantes guia.
Mal dije : no humilló tus torres claras
Tiempo ni emulacion con manos fieras :

Que á resistirte con los dos triunfáras.
Tu morir fué deber; pues si hoy vivieras,
Ni á tus hijos mas lauros les halláras
Ni del mundo en el ámbito cupieras.

Madrigal.

Tórtola amante, que en el roble moras
Endechando en arrullos quejas tantas,
Mucho alivias tus males, si es que lloras,
Y pocas son tus penas, si es que cantas.
Si de la que enamoras
El desden te desvía,
No durará el desden; que tu porfía
Está un pecho de pluma conquistando.
¿Podrá un pecho de pluma no ser blando?
¡Ay de la pena mia,
En que medroso y triste estoy llorando,
Y enternecer procuro
Pecho de mármol, cuanto blanco, duro!

CAPÍTULO XII.

Poesía sagrada.

No se daria idea cabal de la poesía lírica castellana, si no se hablase especialmente de la sagrada. En un pueblo religioso como el nuestro, no era posible que los poetas tratasen solo de asuntos profanos, y algunos hubieron necesariamente de dedicarse á los muchos altos y dignos que la religion ofrece. Tal sucedió con efecto; y así en prosa como en verso, hubo infinitos escritores místicos; pero las riquezas poéticas que de este género nos quedan son harto escasas, al ménos si se atiende solo á las composiciones que merecen ocupar un lugar distinguido en la verdadera poesía. Ya sea por el gusto de sus autores, ó su escaso talento; ya por su carácter humilde y excesiva modestia; ya por la incuria de los que las publicaban sin reunirlas en colecciones; ya por el desden con que las miraban los mas encumbrados poetas; ya en fin por el espíritu poco religioso que dominó generalmente en la literatura del último siglo; lo cierto es que no son muchos los poetas religiosos que se han salvado del olvido. Sin duda una erudicion exquisita lograria sacar á luz riquezas de esta clase que yacen enterradas, haciendo en ello un gran servicio, pues las que poseemos son de tal valor que hacen en realidad sensible su corto número.

Hemos visto hasta ahora que en los diferentes rumbos que habia seguido nuestra poesía desde el orígen de la lengua, si se exceptúa la poesía popular, precisamente la mas escarnecida y olvidada de los literatos, en lo demas habia carecido de originalidad, sujetándose siempre á la imitacion de extraños modelos. En el siglo XV la poesía provenzal, en los siguientes la italiana y latina, habian sido la norma de nuestros escritores que de esta suerte se privaron de tener un carácter verdaderamente nacional, y coartaron ademas de un modo sensible la inspiracion y el genio. Así sus obras, apreciadas de los literatos y eruditos, llegaron á hacerse patrimonio del pueblo, á tal punto que, como ya hemos visto, muchas quedaron por gran tiempo olvidadas en el polvo de los archivos, hasta que fueron desenterradas por la diligencia de celosos amantes de nuestras glorias. Con efecto, églogas en que se describan costumbres pastoriles que no existen, canciones sobre amores alambicados y oscuros, ó sobre objetos referentes á la antigüedad pagana, epístolas morales y sentenciosas; nada de esto podia interesar al pueblo, porque no representaba ni sus ideas, ni sus costumbres, ni sus gustos. Otra cosa hubiera podido ser la poesía religiosa: aquí ya se tocaba un sentimiento vivo, profundamente grabado en el corazon de los españoles, se pulsaba una cuerda que los hácia latir y entusiasmarse. Ademas, aquí ya no podia haber imitacion de los antiguos, y se abria un ancho campo á la originalidad. Por desgracia, esta originalidad no siguió siempre el buen camino; y el espíritu conceptuoso y alegórico la contagió hasta el punto de que se necesitaba toda la fe y todo el candor que entónces reinaban, para que tales composiciones no cayesen en el ridículo y el desprecio. Los misterios de nuestra religion, los hechos de los santos, se cantaron en coplas extravagantes que en la actualidad hacen reir: la afectacion de la alegoría llegaba hasta el punto de intitular una obra de oraciones místicas: *Alfalfa divina para los borregos de Jesucristo*, y de hacer á la Vírgen seguidillas que nos parecerian escandalosas, si la sana intencion no las disculpase.

Ya desde antiguo se habia introducido este mal gusto en la poesía religiosa. En el *Cancionero general* se encuentra, entre várias composiciones ridículas, una *Ave María* nada ménos que de Fernan Pérez de Guzman, que principia así:

Ave, preciosa María
Que se debe interpretar
Trasmontana de la mar,
Que los mareantes guia, etc.

Sobre la doble naturaleza del Hombre-Dios, existe la siguiente cancion:

El sy, sy, el como no sé
Desta tan árdua quistion
Que no alcanza la razon
Á donde sube la fe.
Ser Dios-ombre y ombre-Dios,
Ser mortal y no mortal,
Ser un sér, extremos dos,
Y en un sér no ser ygual
Es siempre, será no fué.
Siempre fué y siempre son,
Siempre son, mas no son due,
Y aquí la razon es fe.

Otras veces brillaba mas la imaginacion, como en la siguiente cancion de *Alonso de Proaza*, en loor de *Santa Catalina de Sena*.

Tres fieros vestiglos, soberbios gigantes,
Contrarios perpétuos del bien operar,
Salieron, señora, con vos á lidiar,
En diestros caballos, ligeros, volantes.